

EDUCAR PARA MAÑANA: CONCIENCIA Y VALORES AMBIENTALES EN LA CONSTRUCCIÓN DE UN FUTURO SOSTENIBLE

Nykolas BERNAL HENAO¹

SUMARIO

I. Introducción. II. La educación ambiental como proceso transformador. III. ¿Qué son los valores ambientales y por qué importan? IV. Conclusiones. V. Fuentes de información.

RESUMEN

Vivimos en una época marcada por una profunda paradoja: nunca habíamos contado con tanto conocimiento sobre el impacto humano en el planeta, y, sin embargo, no ha bastado para frenar el deterioro ambiental que amenaza los cimientos de la vida tal como la conocemos. El cambio climático, la pérdida de biodiversidad, la contaminación de suelos, de aguas, y la sobreexplotación de recursos naturales no son fenómenos aislados ni recientes; son el resultado acumulativo de un modelo de desarrollo que ha marginado, por décadas, la relación ética entre el ser humano y su entorno.

En este contexto, la educación ambiental emerge no solo como una herramienta pedagógica, sino como una necesidad urgente y estructural. No se trata únicamente de enseñar a reciclar o a plantar árboles, sino de promover una transformación profunda en la forma como entendemos nuestra responsabilidad con el mundo natural. Esta educación debe ir más allá de la transmisión de información: debe tocar la conciencia, formar criterios, sensibilizar, y, sobre

ABSTRACT

We live in a time marked by a profound paradox: never has there been so much knowledge about the human impact on the planet, yet it has not been enough to halt the environmental degradation that threatens the foundations of life as we know it. Climate change, the loss of biodiversity, soil and water pollution, and the overexploitation of natural resources are not isolated or recent phenomena; they are the cumulative result of a development model that has, for decades, marginalized the ethical relationship between human beings and their environment.

In this context, environmental education emerges not only as a pedagogical tool, but as an urgent and structural necessity. It's not just about teaching people how to recycle or plant trees but about promoting a profound transformation in how we understand our responsibility to the natural world. This education must go beyond the transmission of information: it must touch consciences, shape criteria, raise awareness, and, above all, instill values so that future actions are precise.

¹ Director de Proyectos Educativos LATAM en Kimbaya Multimedia.

todo, sembrar valores para que las acciones a futuro sean precisas.

El presente escrito propone una reflexión sobre la educación ambiental como eje central para la construcción de sociedades sostenibles. En particular, se enfocará en dos dimensiones clave: su carácter transformador dentro de los procesos educativos y el papel que desempeña en la formación de valores ambientales. En un momento en el que el planeta reclama acciones urgentes, es imprescindible repensar la educación como un camino hacia la conciencia y la corresponsabilidad.

PALABRAS CLAVE

Conciencia. Valores ambientales. Futuro sostenible. Sensibilización. Educación Ambiental. Transformación. Solidaridad. Identidad cultural. Justicia ambiental. Participación.

This article proposes a reflection on environmental education as a central pillar for building sustainable societies. It will focus on two key dimensions: its transformative nature within educational processes and the role it plays in developing environmental values. At a time when the planet demands urgent action, it is essential to rethink education as a path toward awareness and co-responsibility.

KEY WORDS

Awareness. Environmental values. Sustainable future. Sensitization. Environmental Education. Transformation. Solidarity. Cultural identity. Environmental justice. Stake.

I. INTRODUCCIÓN

En un mundo atravesado por crisis climáticas, pérdida de biodiversidad, contaminación global y desigualdad ambiental, la educación se posiciona como una de las herramientas más poderosas para transformar el presente y garantizar la sostenibilidad del futuro. No basta con formar ciudadanos técnicamente competentes; se requiere también cultivar una conciencia crítica, ecológica y ética que oriente las decisiones individuales y colectivas hacia la protección del planeta. En este contexto, educar para la sostenibilidad no es una opción, sino una urgencia.

Tradicionalmente, la educación ambiental ha sido abordada como un componente marginal dentro de los currículos escolares, muchas veces reducida a actividades esporádicas, jornadas de reciclaje o campañas puntuales. Sin embargo, los desafíos del siglo XXI exigen una perspectiva mucho más profunda e integral: es necesario que los valores ambientales impregnen toda la estructura educativa, desde la pedagogía hasta la gestión institucional, pasando por el contenido de las asignaturas y el vínculo con la comunidad.

Educar para mañana implica repensar el papel de la escuela, la universidad y otras instituciones formadoras como agentes activos en la creación de un nuevo paradigma cultural

basado en la responsabilidad ambiental. Esto significa trabajar no solo con conocimientos científicos y técnicos, sino también con dimensiones éticas, afectivas y sociales que promuevan el respeto por la vida, el cuidado del entorno y la solidaridad intergeneracional. La educación debe ser un motor de cambio, no solo un transmisor de información.

La construcción de valores ambientales sólidos no surge de manera espontánea: requiere una acción educativa intencionada, coherente y sostenida en el tiempo. Implica también reconocer que los modelos de desarrollo actuales, centrados en el consumo ilimitado y el crecimiento económico sin límites son incompatibles con la supervivencia del planeta. Por ello, formar ciudadanos comprometidos con un futuro sostenible es también una forma de resistencia cultural frente a las lógicas extractivistas y depredadoras del ambiente.

II. LA EDUCACIÓN AMBIENTAL COMO PROCESO TRANSFORMADOR

Hablar de educación ambiental es como hacerlo de un proceso en constante construcción, ligado a los desafíos sociales, económicos, políticos y culturales de cada época. No es una disciplina estática ni una serie de contenidos curriculares aislados; es una apuesta pedagógica capaz de cuestionar paradigmas y provocar cambios significativos en la relación entre el ser humano y su entorno.

La preocupación por los problemas ambientales comenzó a visibilizarse de manera sistemática en la segunda mitad del siglo XX. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano (Estocolmo, 1972) marcó un punto de inflexión: por primera vez, se reconoció oficialmente la necesidad de integrar la educación ambiental en todos los niveles de enseñanza. Este impulso fue fortalecido más tarde por la Carta de Belgrado (1975) y la Conferencia de Tbilisi (1977), que establecieron principios rectores para una educación orientada al desarrollo sostenible, a la participación ciudadana y a la conciencia crítica.

Desde entonces, la educación ambiental ha transitado diversos enfoques. Inicialmente, estuvo centrada en la transmisión de conocimientos científicos sobre los ecosistemas y su conservación. Sin embargo, con el tiempo, se fue reconociendo que el conocimiento por sí solo no era suficiente para transformar actitudes ni modificar comportamientos. De ahí surgió la necesidad de integrar aspectos emocionales, éticos, culturales y de abordar problemas ambientales desde una perspectiva interdisciplinaria, crítica y comprometida.

En las últimas décadas, el concepto de sostenibilidad ha permeado los discursos educativos. Ya no se trata solo de comprender el funcionamiento del medio ambiente, sino de repensar nuestras formas de vida, de producción y de consumo. La educación ambiental, en este sentido, se convierte en un motor de cambio: invita a cuestionar las

estructuras que generan desigualdad ecológica y social, y a construir alternativas más justas y solidarias.

Este enfoque transforma al educador en un facilitador del diálogo, en un mediador que promueve la reflexión crítica y la toma de decisiones informadas. A su vez, reconoce al estudiante como sujeto activo, capaz de interpretar su realidad, de proponer soluciones y de participar en procesos de transformación colectiva. Así, la educación ambiental deja de ser un contenido marginal y se convierte en un eje transversal que atraviesa todas las áreas del conocimiento.

Una de las claves de esta educación es la capacidad de vincular el saber con el hacer. Esto implica diseñar experiencias de aprendizaje que conecten con el entorno inmediato de los estudiantes, que integren la práctica comunitaria, que fomenten la observación, el análisis y la intervención en problemáticas reales.

Proyectos escolares de compostaje, huertos urbanos, monitoreo de la calidad del agua, campañas de reducción de residuos o talleres sobre justicia ambiental no son meras actividades complementarias: son estrategias que, cuando están bien articuladas con el currículo, pueden convertirse en poderosas herramientas formativas. A través de estas prácticas, el estudiantado no solo adquiere habilidades técnicas, sino que desarrolla un sentido de pertenencia y responsabilidad.

En diferentes partes del mundo, se han implementado programas de educación ambiental con enfoques innovadores. Por ejemplo, en América Latina, diversas experiencias de educación popular han articulado saberes ancestrales, defensa del territorio y prácticas agroecológicas, generando procesos de empoderamiento comunitario y recuperación de la identidad cultural.

En países como Finlandia o Costa Rica, se ha incorporado de manera transversal en las políticas educativas nacionales con el currículo formal en actividades prácticas y con alianzas entre escuelas, gobiernos locales y organizaciones sociales.

Estos ejemplos muestran que es posible construir una educación que no solo informe, sino que transforme. Una educación que no se conforme con formar consumidores responsables, sino que aspire a formar ciudadanos críticos, conscientes y comprometidos con el cuidado del planeta, porque no se puede restringir a una transmisión técnica de conocimientos sobre el funcionamiento de los ecosistemas o los efectos del cambio climático.

Aunque comprender los procesos naturales es fundamental, resulta insuficiente para impulsar transformaciones reales si no se acompaña de una formación ética y responsable. Es aquí donde los valores ambientales cobran sentido: son el fundamento sobre el cual se

construye una conciencia capaz de cuidar, respetar y defender la vida en todas sus formas. Solo cuando entendemos nuestra conexión con la naturaleza, podemos actuar con responsabilidad y empatía.

III. ¿QUÉ SON LOS VALORES AMBIENTALES Y POR QUÉ IMPORTAN?

Son principios éticos que orientan nuestra relación con la naturaleza, que trascienden lo individual y se proyectan hacia el bienestar colectivo y la sostenibilidad global. En un contexto de crisis ambiental, estos valores no son un lujo ni una opción secundaria. Son una necesidad urgente. La catástrofe ecológica que enfrentamos no es sólo consecuencia de decisiones políticas o de fallas tecnológicas; también es el reflejo de una crisis ética profunda, de una forma de vida basada en la explotación ilimitada de recursos y en la desconexión del ser humano con la naturaleza.

Formar ciudadanos conscientes implica cultivar valores que favorezcan una ética del cuidado, del compromiso y de la corresponsabilidad planetaria. Profundicemos en algunos en ellos para conocerlos:

- Respeto por todas las formas de vida: reconocer que los demás seres vivos tienen un valor intrínseco, más allá de su utilidad para los humanos.
- Responsabilidad ecológica: asumir que nuestras acciones tienen consecuencias y que estamos moralmente obligados a minimizar el daño del entorno.
- Solidaridad intergeneracional: entender que el mundo que habitamos no nos pertenece en exclusiva, y que debemos garantizar condiciones de vida dignas para las generaciones futuras.
- Justicia ambiental: reconocer que los problemas ambientales no afectan a todos por igual y que existen comunidades más vulnerables cuya protección debe ser prioritaria.
- Sencillez voluntaria: valorar estilos de vida que reducen el consumo innecesario, priorizan lo esencial y minimizan el impacto ambiental.

Estos valores no son solo ideas abstractas. Son la base para desarrollar una ética ambiental que contrarreste el modelo dominante de explotación, indiferencia y lucro ilimitado.

Los valores no se enseñan solo desde los discursos. Se construyen en la experiencia cotidiana, en el ejemplo, en las relaciones humanas, en las decisiones institucionales. La escuela, como espacio formativo privilegiado, tiene la responsabilidad de crear entornos donde estos valores se vivan, se discutan y se pongan en práctica.

Educar en valores ambientales requiere metodologías que favorezcan la participación, el diálogo, la reflexión crítica y la acción concreta. No basta con declarar la importancia

del respeto por la naturaleza en un cartel en la entrada del aula; es necesario que ese respeto se vea reflejado en las prácticas escolares, en la forma en que se gestiona el consumo, los residuos, la energía, los espacios verdes y las relaciones con la comunidad.

Además, el rol del docente es fundamental. Un educador ambiental no es sólo quien enseña sobre el medio ambiente, sino quien encarna valores ecológicos en su forma de enseñar, de habitar la escuela, de relacionarse con sus estudiantes y de participar en la vida comunitaria. La coherencia entre el discurso y la práctica es lo que convierte la educación en una experiencia ética genuina.

Ahora bien, aunque la escuela es un espacio clave, la formación de valores ambientales no debe limitarse a la educación formal. También debe ocurrir en la familia, en los medios de comunicación, en los movimientos sociales, en las prácticas culturales y en los entornos comunitarios. Esta educación debe ser concebida como un proceso a lo largo de toda la vida y en todos los ámbitos de la sociedad.

Las experiencias comunitarias tienen un enorme potencial. Muchas veces, las comunidades rurales o indígenas mantienen una relación estrecha con la naturaleza, basada en el respeto, la reciprocidad y el conocimiento tradicional. Integrar estos saberes en los procesos educativos no sólo enriquece el aprendizaje, sino que fortalece más sentidos de identidad, pertenencia y cuidado.

También, las organizaciones sociales y ambientales desempeñan un papel crucial en la sensibilización ciudadana, organizando campañas, talleres, encuentros, acciones colectivas y procesos de formación política ambiental. Estos espacios permiten que los valores ambientales se traduzcan en participación y transformación social.

En el mundo, existen iniciativas educativas que integran con éxito la formación en valores ambientales. Algunas escuelas han creado por ejemplo códigos éticos ecológicos contruidos por docentes y estudiantes; otras desarrollan proyectos de convivencia ambiental en los que se trabaja la relación con el territorio como parte del aprendizaje emocional y ético.

En ciertas comunidades, el trabajo con agroecología no sólo enseña técnicas de cultivo sostenible, sino que fomenta el respeto por la tierra, el trabajo colaborativo y la valoración de los ciclos naturales. También existen experiencias de educación artística ambiental, donde el arte se convierte en una herramienta para expresar sentimientos, construir símbolos colectivos y resignificar el vínculo con la naturaleza.

Todas estas experiencias muestran que la educación ambiental con enfoque en valores no es una utopía, sino una posibilidad concreta. Lo esencial es la voluntad de repensar la educación como un acto ético, cultural y profundamente humano.

En tiempos de crisis climática, colapso ecológico y creciente desigualdad, educar en valores ambientales es sembrar esperanza. Es construir una nueva narrativa donde el progreso no se mida por la acumulación material, sino por la calidad de las relaciones: con nosotros mismos, con los demás, con la naturaleza.

La educación ambiental, cuando se basa en valores, nos invita a imaginar un futuro diferente. Un futuro donde cuidar sea más importante que explotar, donde colaborar sea más valioso que competir, y donde vivir bien no signifique consumir más, sino convivir mejor.

En este horizonte, la educación ambiental se convierte en un acto de esperanza y transformación. Nos enseña que cada elección cuenta y que otro modo de habitar el mundo es posible, dejarlo un poco mejor para las generaciones venideras.

IV. CONCLUSIONES

PRIMERA. La crisis ambiental global nos enfrenta, de forma ineludible, a una pregunta de fondo: ¿qué tipo de humanidad queremos ser en este siglo?

SEGUNDA. No se trata sólo de encontrar soluciones técnicas a los múltiples problemas ecológicos que nos aquejan —aunque estas son necesarias—, sino de preguntarnos por los valores, principios y formas de vida que han sostenido un modelo civilizatorio que se muestra claramente insostenible.

TERCERA. La educación ambiental debe dejar de ser un apéndice del currículo escolar para convertirse en una fuerza transformadora central. Su potencial no radica solo en el conocimiento que ofrece, sino en la posibilidad de cultivar una nueva forma de mirar, de sentir y de actuar en el mundo.

CUARTA. Una educación ambiental profunda y coherente permite desarrollar no sólo comprensión sobre el entorno, sino también sensibilidad ética, pensamiento crítico y voluntad de transformación.

QUINTA. La educación ambiental crítica es aquella que reconoce la complejidad de los problemas contemporáneos, articula saberes científicos y culturales, y apuesta por el compromiso ciudadano desde una perspectiva de justicia social y ecológica. Es una educación que no teme confrontar los modelos de desarrollo extractivistas, que promueve el diálogo de saberes y que valora tanto el conocimiento técnico como los vínculos emocionales con la Tierra.

SEXTA. Es imperativo destacar la importancia de formar valores ambientales como eje ético del proceso educativo. Estos valores no pueden ser enseñados desde la imposición, sino sembrados a través del ejemplo, la participación y la coherencia institucional.

SÉPTIMA. El respeto por la vida, la responsabilidad intergeneracional, la justicia ambiental y la solidaridad con los más afectados por la crisis ecológica son componentes indispensables de una alfabetización ecológica verdaderamente transformadora.

OCTAVA. La escuela tiene ante sí un enorme desafío, pero también una oportunidad histórica: ser el espacio donde se construya una cultura del cuidado que abrace la vida, no sólo humana, como valor supremo. Esto exige decisiones valientes, inversión sostenida, innovación pedagógica y, sobre todo, convicción ética.

NOVENA. Educar ambientalmente no es simplemente informar sobre un problema; es formar sujetos capaces de imaginar y construir alternativas. En un mundo donde el futuro parece cada vez más incierto, educar en conciencia y valores ambientales es, quizá, uno de los actos más radicales de esperanza.

DÉCIMA. A través del análisis de enfoques pedagógicos, experiencias educativas exitosas y propuestas de transformación curricular, se debe buscar y aplicar una educación con enfoque ambiental, indispensable para afrontar los desafíos del mañana con esperanza, responsabilidad y justicia ecológica.

V. FUENTES DE INFORMACIÓN

- AGENDA 21. (1992). *Programa de Acción de las Naciones Unidas desde Río*. Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, Río de Janeiro.
- ARAMBURU, I., & SALABERRIA, F. (2015). *Educación ambiental: perspectivas desde la pedagogía crítica*. Ediciones de la Universidad del País Vasco.
- CAPRA, F. (1996). *La trama de la vida: una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Anagrama.
- CEBRIÁN, G., & JUNYENT, M. (2008). *Competencias en educación para el desarrollo sostenible: una aproximación desde el ámbito universitario*. Revista de Educación, (346), 105–137.
- FREIRE, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- GONZÁLEZ-GAUDIANO, E. (2007). *Educación ambiental y desarrollo sustentable: un enfoque crítico*. Universidad Veracruzana.
- LEFF, E. (2004). *Racionalidad ambiental: la reapropiación social de la naturaleza*. Siglo XXI Editores.
- MEIRA, P. A. (2001). *La educación ambiental: bases éticas, conceptuales y metodológicas*. Graó.
- UNESCO. (1977). *Tbilisi Declaration*. Intergovernmental Conference on Environmental Education, Tbilisi, Georgia.
- UNESCO. (2017). *Educación para los Objetivos de Desarrollo Sostenible: objetivos de aprendizaje*. París: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

- UNESCO. (2022). *Re-imaginar juntos nuestros futuros: un nuevo contrato social para la educación*. Informe de la Comisión Internacional sobre los Futuros de la Educación.
- VILCHES, A., & Gil PÉREZ, D. (2013). *Educación para la sostenibilidad en tiempos de crisis: el pensamiento complejo como herramienta*. Revista Eureka sobre Enseñanza y Divulgación de las Ciencias, 10(3), 354–367.